

# PARA UNA ETICA DE LA VIOLENCIA

Alfredo Fierro

*Es* ocante a lo moral, la violencia es asunto peliagudo y espinoso. La sensibilidad ética más elemental y nuestro sentir mismo acerca del hombre se sublevan contra ella y la condenan, al parecer, inapelablemente. Esto no obstante, el continuo estallido de conductas violentas en los grupos humanos tienta a pensar que constituye algo tristemente inevitable en el difícil curso de los procesos sociales. Sobre todo, cuando se presenta abanderando la idea de una existencia más libre y de una convivencia más justa, la alucinante expansión de la violencia en el mundo actual parece poner en cuestión la que, en principio, se antojaría obvia condenación moral de sus procedimientos.

Advertiré, antes que nada, que la teoría de la violencia no se reduce a una ética, y que ésta, a la hora de definirse, ha de tomar en consideración elementos de juicio provenientes de distintas disciplinas. En particular, la psicología ha de mostrar en qué dosis hay un componente de agresividad, instintiva o elaborada, que modela todo encuentro humano, tanto en la intimidad de la vida priva-

da como en la brega político-social; ha de preguntarse también si los instintos del hombre pueden ser modificados en orden a una más satisfactoria convivencia. También la historia puede enseñar acerca del modo en que se cumplieron las grandes mutaciones culturales del pasado y acerca del papel en ellas desempeñado por la violencia. La propia biología, prolongada en una ciencia social de base biológica, tendría algo que decir sobre cómo la lucha mortal por la existencia, típica de la vida animal —constituya o no el resorte motor de la evolución, como quería Darwin—, se realiza en la raza humana y cómo puede ser trasladada a una esfera competitiva diferente a la de la agresión entre organismos vivos. Por último, si se trata de enfocar el tema en cristiano, la teología y la exégesis bíblica han de perfilar con más cuidado y exactitud la figura de Jesús, deformada por una imagería harto difundida que le disfrazó con la máscara de una suavidad blanda y sentimental. Irreconocible en esa imagería desacertada, el Jesús evangélico ha de recuperar los genuinos rasgos de su carácter, definido por un amor firme, ope-

ratorio y, en ocasiones, violento.

La moral tradicional en ningún modo ignoró el problema de la violencia. Lo trató a propósito de ciertas situaciones típicas, principalmente de la guerra (violencia internacional), de la lícita defensa ante el agresor injusto (violencia entre individuos) y de la legitimidad de la pena de muerte (violencia penal como castigo social). Sobre estos temas existe no sólo una doctrina básica de principios generales, sino también una detallada casuística que determina al pormenor las pautas de acción en cada circunstancia concreta. De esa doctrina y casuística se desprende que la moral tradicional cristiana no se ha sentido obligada a condenar toda forma de violencia. Opuesta, en principio, a la violencia, la reconoce lícita en ciertas ocasiones, cuando significa necesaria defensa ante un ataque violento previo e injustificable.

Entre los varios géneros de situación conflictiva, es la legítimidad de la violenta defensa personal ante el agresor injusto el que ha suministrado el propio esquema normativo a las demás formas de violencia reconocidas lícitas: la guerra defensiva o de resistencia frente al enemigo invasor, y la pena de muerte u otras medidas penales con que la sociedad se salvaguarda a sí misma contra sus miembros peligrosos. Conviene recordar, además, que el concepto de autodefensa moralmente lícita recibió, en la práctica histórica de la Iglesia, una interpretación bastante holgada, toda vez que incluía casos, como el de la guerra de cruzada y el de la quema de herejes, en los que la violencia física respondía a previas "agresiones" no de carácter físico, sino de índole espiritual o religiosa.

**E**n nuestros días, el ilimitado poder destructor de las armas nucleares y la acumulación de eficaces medios de control social en manos de la autoridad hacen que

la licitud de la guerra y de la pena de muerte esté sujeta a revisión. Considerando que la guerra en ningún caso arregla nada, mientras amenaza con destruirlo todo, y que la autoridad, para mantener la pacífica convivencia, dispone de recursos más efectivos y menos atroces que la ejecución de los delincuentes cuando ya no tiene arreglo su crimen, podemos seriamente inclinarnos por la opinión de que ambas deben ser descartadas. Entretanto, la cuestión de la violencia se ha embrollado y hecho más grave en otros sectores, por la aparición de nuevos tipos de acción social violenta, enfrentados entre sí de una manera diferente, típica de nuestro tiempo: en un extremo, la violencia represiva, enderezada a conservar el sistema establecido; en el otro, la violencia revolucionaria, encaminada a desmontarlo.

Dejando aparte aislados episodios de delincuencia vulgar y también algún conflicto bélico de corte más clásico, por estar basado en atávicos rencores de raza y en querellas territoriales (guerra y guerrilla árabe-israelí), el fenómeno de la violencia está hoy claramente polarizado en dos focos: revolución y represión. La gran mayoría de choques violentos que actualmente sacuden al mundo manifiesta esa tesitura, que en múltiples formas enfrenta violencia represiva a violencia revolucionaria. Unas veces, son fuerzas abiertamente oligárquicas las que reprimen, mediante ejército o policía, a un pueblo insurgente en busca de pan (Brasil y, en general, países latino-americanos). Otras, represión y rebelión violentas están representadas por dos razas, instalada una en el bienestar, la riqueza y el poder, y relegada otra a la servidumbre y la humillación (luchas raciales en Estados Unidos, en países sudafricanos); o bien por distintas confesiones religiosas, asimismo en desigual situación (Irlanda del Norte). Violencia represiva y violencia revolucionaria subyacen también al

conflicto de generaciones y de ideales que ha estallado por doquier en el mundo universitario. Ese cariz, en fin, adquieren prontamente ciertas guerras, como la del Vietnam, que sólo los ingenuos podrán considerar exenta de intenciones represivas en un lado y revolucionarias en otro.

La ética tradicional estuvo construida sobre el supuesto de que existen dos clases de violencia, cualitativamente distintas, la del que agrede y la del que se defiende, quedando condenada la primera y permitida, aunque no siempre prescrita, la segunda, en la medida que resultaba necesaria para repeler el ataque y preservar la propia integridad. Pero ese esquema, de aplicación clara y simple en una riña callejera o en una invasión guerrera territorial, si bien permanece aplicable a la actual tipificación de la violencia como represiva y revolucionaria, no funciona con su límpida simplicidad de antaño y se manifiesta insuficiente. Resulta explicable así la perplejidad con que los doctores en moral han asistido al brote de las contemporáneas formas de violencia. Esa perplejidad, junto con aquel elemental sentido humano que mencioné al principio, justifica que la Iglesia, a través de sus más oficiales portavoces, haya reaccionado a la creciente marejada de acciones sociales tormentosas condenando de plano toda manifestación de violencia, viniera de donde viniera.

La reprobación de cualquier especie de violencia representa un postulado moral básico. La violencia debe ser absolutamente proscrita de la sociedad humana: esta tesis enuncia un ideal que los hombres hemos de procurar realizar con nuestras mejores energías, disminuyendo la viruelencia de las tensiones que hoy torturan nuestra vida común. La no violencia constituye un precepto absoluto, cuyo sujeto obligado es la entera huma-

nidad. Esto supuesto, queda clara la meta a que debemos tender. Persiste, empero, turbia la cuestión de cómo obrar y cómo hacerlo eficazmente en una sociedad en la cual está ya la violencia operando, a veces con descarro y en ocasiones camuflada bajo apacibles apariencias. Y esa es precisamente la cuestión con intrínquilis moral, candente y apremiante, despojada de idealismo e inmediatamente práctica: la máxima de la no violencia válida y obligatoria cuando se contempla un ideal para la humanidad entera, ¿sigue siéndolo para individuos o grupos batidos por violentas injusticias e inermes ante agresiones desencadenadas ya?

Condenar indiscriminadamente la violencia, venga de donde venga, cualquiera que sea su carácter, sin hacer ningún distingo, y querer aplicar esa universal reprobación como criterio práctico resultaría en ética tan tosco como haber condenado en otros tiempos cualquier guerra, sin discernir siquiera entre ejército agresor y país agredido, o haber equiparado el asesinato con premeditación al homicidio involuntario en defensa propia. Tras haber establecido el ideal de la no violencia, es preciso apresar la realidad existente, tal cual es, y para ella elaborar, por provisional que sea, una ética de la violencia. Es lo que intento hacer en este apunte:

1) Una inicial reserva e incluso suspicacia respecto a toda suerte de comportamientos violentos parece indispensable. Sin ella fácilmente se resbala hacia el laxismo en una materia que reclama, para evitar deslices de consecuencias trágicas, extrema escrupulosidad de conciencia. Propugnamos la no violencia mientras no se demuestre lo contrario. Es al individuo o al grupo violento a quien toca la carga de la prueba sobre la necesidad que legitima su acción. Y esta necesidad no debe presumirse a la ligera, sino sólo basada en

gravísimas razones, tras la clara violación de derechos fundamentales de la persona humana y después de haberse hecho manifiesta la imposibilidad o ineficacia de otros métodos.

2) El gran precepto evangélico no es el de la no violencia, sino el de la caridad, el de un amor eficazmente operante. Jesús mismo, cuando fue preciso, dió inequívocas muestras de la violencia del amor (1). Si, en principio, la simple "fuerza de amar" (Martín Lutero King) parece, como método práctico, directamente opuesta al "derecho del bien a la violencia" (Ernst Bloch), el hecho es que, a escala colectiva y para obtener efectividad, el amor evangélico ha de tomar cuerpo en decisiones políticas y que éstas, en la actual colisión de enormes fuerzas económicas, sociales y militares, casi necesariamente incluyen alguna dosis de rudeza.

3) Las calificaciones éticas aplicables a la violencia se extienden en una amplia gama, que abarca desde su necesidad como deber, pasando por su simple licitud, hasta su inmoralidad en diversos grados. La distinción clásica entre culpabilidad leve y grave, aunque no siempre alcance a concretar su exacta línea de demarcación, permanece valedera y resulta aquí apropiada para juzgar la dispar inmoralidad de los pecados de violencia: leve, grave o mortal.

4) Si bien la configuración contemporánea de la violencia, en su doble frente de represiva y revolucionaria, no se reduce al conflicto, típicamente contemplado por la ética tradicional, entre agresor y agredido en autodefensa, los principios clásicos sobre violencia agresiva y defensiva conservan su vigencia y aclaran en buena parte, aunque no en todo, la mayoría de las colisiones sociales existentes. Verdad es que, cuando se trata no ya de personas, sino de formaciones sociales violentamente opuestas, que recurren,

además, a modos de violencia de carácter dispar y difícilmente conmensurables, puede resultar imposible señalar la precisa proporción de la autodefensa legítima. En todo caso, la violencia de iniciativa, por ser la desencadenante del proceso violento, entraña siempre una gravedad mayor que la violencia de respuesta. La violencia de quien se defiende, en la medida que se ciñe a esta función, como medio indispensable para asegurar la pervivencia de personas, su integridad corporal o la de sus propios derechos básicos, está en absoluto exenta de culpa. Pero otras violencias derivadas, que devuelven el golpe inicialmente recibido percutiendo a su vez con agresividad incurren fácilmente en la grave inmoralidad característica de la agresión.

Para una recta aplicación del tradicional esquema de violencia agresiva y defensiva debe atenderse a las solapadas modalidades que la violencia toma entre nosotros. Cuando un vagabundo perece de frío una noche de enero en las calles de Madrid, la suya no ha sido una muerte natural. Es patentemente una muerte violenta, aun cuando no pueda señalarse un agresor determinado y marcado por una culpabilidad individual. De ella somos responsables los tres millones de madrileños que dormimos bajo techo. Cuando en la India muere un niño de hambre, esa muerte es igualmente una muerte violenta, cuya responsabilidad pesa sobre esos mil millones de hombres —un tercio de la humanidad— que estamos bien alimentados. Estos casos extremos, claros por sí mismos sin necesidad de comentario, ejemplifican de modo flagrante el carácter violento de otros modos, sólo en apariencia naturales, de morir o de malvivir. Si algún día los así violentados —hombres sin pan, sin techo o sin otras cosas no menos necesarias para una vida digna— forman un frente cerrado, violentamente opuesto a los que comemos en



*Religiosos Dominicanos  
se manifestan por las calles  
de Río de Janeiro  
en protesta por la violencia que se comete  
en las cárceles de Brasil*

*abundancia y tenemos resuelto el problema de la vivienda, la suya será una violencia defensiva, mil veces más justa que la que ahora ellos padecen.*

5) *La violencia aparece tanto más inexcusable cuanto quien la practica no necesita usar de ella y dispone de otros medios para obtener sus fines. Adquiere también particular inmoralidad cuando se ejercita sobre seres indefensos o ajenos a la contienda en curso. La violencia del débil nunca es tan grave como la del poderoso, quien, sin necesidad para confirmar su dominio, acude a ella de modo gratuito en un acto más de abuso de fuerza.*

*La represión violenta incurre con facilidad en el abuso de poder. La revolución violenta, cuando desliza hacia prácticas terroristas, entraña igual abuso agravante y también gravedad de alevosía por atentar contra personas inocentes e indefensas.*

6) *Por el simple hecho de servir a un régimen político o a un orden social constituido, la violencia represiva no tiene en favor suyo prerrogativa o recomendación alguna que la exculpe del todo o siquiera le valga de atenuante. Tampoco la violencia revolucionaria queda justificada o disculpada por su propósito de establecer un diferente orden de cosas. Su respectiva justificación procede no de un preferente derecho de lo ya instituido o de lo todavía por crear, sino del sistema de valores defendido, bien como ya actual, bien como futuro. Ni el conservar ni el reformar poseen, de suyo, mejor derecho a la violencia, pues todo estriba en el contenido concreto preservado por el instinto social de conservación o por el impulso revolucionario.*

*El fin no justifica, pero califica a los medios. La violencia, represiva o revolucio-*

*naria, que se propone custodiar los intereses económicos de una oligarquía tiene carácter completamente diverso de aquella otra dirigida a la salvaguardia de valores relativos al ideal clásico de una sociedad libre, fraterna y sin desigualdades.*

7) *La violencia ejercida de modo directo sobre las personas adquiere de ordinario una gravedad que difícilmente reviste la que obra sobre las cosas. Los perjuicios materiales producidos en actos de violencia nunca son comparables con los daños en vidas o en sufrimiento humano. Habitados a valorar las cosas en términos económicos e imbuidos de un agudo sentimiento de la propiedad al modo quirritario, podríamos llegar al colmo de creer que la muerte de un obrero, de un estudiante o de un niño significa menos pérdida para el país que el incendio de determinadas instalaciones lujosas o costosas, tanto más que, habiendo tasado la vida de cada hombre a efectos de indemnizaciones y seguros, dicha tasa en dinero suele ser bastante inferior al capital invertido en cualquier negocio, industria o inmueble suntuario. Es claro que la apreciación ética nada tiene que ver aquí con la estimación económica, y que la muerte, por malos tratos o por hambre, de un niño constituye violencia infinitamente mayor que la destrucción, sin daños humanos, de una nave industrial valorada en millones de libras esterlinas.*

8) *La circunstancia de que el agente sea un paisano o vaya vestido de uniforme no modifica la calidad moral de los procedimientos violentos en el sentido de ennoblecerlos o depreciarlos. La ética es una y la misma para todos. El proverbial halo de heroísmo y de honor difundido en torno a la figura del militar se encuentra motivado tan sólo por ver en él a un guardián de los más altos valores de la comunidad y a un profesional no de la violencia, sino de la violencia éticamente*

reglada. Su nobleza está en buscar la paz aún en el trance penoso de la guerra, en ser capaz de disparar sin odio, en conducirse siempre en sujeción a un código, jurídico, moral y de honor, que le ordena administrar su violencia según la estricta medida de lo necesario y sin pervertirla jamás en crueldad. La violencia del hombre con uniforme que se sale de esas reglas es innoble. Matanzas como la atribuida al teniente Calley en Vietnam, u otros actos parecidos, son abiertamente criminales.

9) Toda violencia cruel es intrínseca e irremediamente perversa. Nada hay que pueda excusar o servir de atenuante a la violencia realizada con ensañamiento, mucho menos a la tortura. Los métodos de torturar personas, cualesquiera que sean sus agentes, sus víctimas y sus finalidades, entrañan una vileza y un desprecio al hombre mayores, casi siempre, que el acto mismo de causar a otro la muerte. Pues todos hemos de morir y, teniendo conciencia de ello, no media sustancial diferencia entre morir ante una ráfaga de ametralladora o a consecuencia de un accidente de aviación.

Es más, todo hombre que no se limite a vegetar, sino que viva por algo y para algo, está dispuesto a jugarse la vida y a perderla por sus fines. Pero, a diferencia de la muerte, la tortura no forma parte de la condición humana, ni de sus normales riesgos. Por el sadismo que supone en los verdugos, por el estado de completa indefensión de la víctima, por la inutilidad patente de sus objetivos (en el "mejor" de los casos, obtener una lista de cómplices o una información secreta), la tortura debe considerarse como crimen arbitrario y gratuito, perpetrado con premeditación y alevosía máximas.

**E**xcluida de todas las legislaciones civilizadas, mirada como recuerdo vergonzoso de pasados tiempos de barbarie, categóricamente repugnante al sentimiento humano, la tortura sigue existiendo entre nosotros, desde esa forma extrema de suplicio de muerte recién evocada para los espectadores españoles en Roma, città aperta, hasta las variantes no mortales de ensañamiento y crueles tratos. Esa violencia de torturar a un ser humano, quienquiera que éste sea, aún tratándose de un individuo de la peor especie, representa el mayor delito posible, el crimen absoluto. No tiene jamás justificación y casi diríamos que no tiene tampoco perdón.

Es verdad que como cristianos hemos de estar dispuestos a perdonar cualquier ofensa y a vencer el mal con el bien. Pero el propio Jesús, en una frase enigmática y, según parece, también violenta, ha hablado de ciertos pecados contra el Espíritu que no serán perdonados ni en esta vida ni en ninguna otra. Cuáles son tales crímenes y en qué consiste su carácter irremisible, no está muy claro. **PERO HAY ALGO QUE PARECE INDUDABLE: SI ENTRE LOS HOMBRES EXISTE ALGUNA ACCION IMPERDONABLE, SIN POSIBLE REMISION, ESA DESDE LUEGO, POR SU INHUMANIDAD PREMEDITADA Y ALEVOSA, DEBE SER LA TORTURA.**

No todas las violencias son iguales. Cuando se condena indiscriminadamente toda acción violenta, queda expresado un bello ideal y anunciado un horizonte de esperanza, pero sin proporcionar criterio práctico alguno. No es lo mismo la violencia del que ataca y la del que se escuda. La violencia vindicativa o ensañada no equivale a la de la justicia y del amor. La que conserva o ins-

*taura un sistema de opresión no es comparable a la que preserva o reclama una fraterna libertad para todos. No es igual la violencia necesaria que la inútil y gratuita. Ni cabe tampoco poner en el mismo plano la violencia que se vierte sobre personas y aquella otra que se limita a los bienes y a las cosas. Hay violencias leales, respetuosas para con el enemigo, y otras, en cambio, crueles, de ensañamiento en una víctima. En fin y sobre todo, ninguna violencia puede equipararse a la tortura. Esta constituye el mal absoluto; y ella sí que debe ser siempre reprobada, cualquiera que sea su procedencia.*

(1) *Expulsión de los mercaderes del templo, imprecaciones que siguen y completan a las bienaventuranzas, apóstrofes a escribas y fariseos, definitiva maldición de los impíos en el juicio final, expresiones como estas: "no he venido a traer la paz sobre la tierra, sino la espada", "quien no está conmigo está contra mí", "el reino de los cielos se abre paso con violencia y son los violentos quienes lo aferran".*

(2) *No parece fácil medir comparativamente la violencia ejercida sobre el patrón por una huelga, sobre el obrero por un jornal miserable sobre el policía por una pedrada de algún manifestante, sobre el guerrillero por una herida de balazo.*